


### III.

En el que vuelven á aparecer el marqués de Rio-florido y su hija D<sup>a</sup> Inés de Medina.

 A gran acequia que conduce de las guas de la laguna de Chalco á la de Texcoco, pasaba á la espalda de la casa que ocupaba en México el marqués de Rio-florido.

Aquella casa era un inmenso edificio, pero casi deshabitado.

El marqués se habia vuelto avaro, de manera que tenia muy poca servidumbre, comparativamente con la que sostenian los hombres ricos en aquellos tiempos.

Una sola carroza quedaba para que saliera en ella D<sup>a</sup> Inés, y en el patio de la casa no se veian ni lacayos, ni palafreneros, ni nada que indicara las grandes riquezas del propietario.

Un tronco de mulas para tirar la carroza y dos ó tres criados: este era todo el aparato.

En cuanto á las habitaciones superiores, que eran las que ocupaban el marqués y su hija, recuerdos no más de un lujo pasado. La estancia del marqués separada enteramente de la de su hija.

Grandes y fuertes rejas de hierro por todas partes, hasta el extremo de la escalera que desembocaba al corredor.

Y todo cerrado siempre, y tantas precauciones para recibir y dejar entrar á cualquiera persona como si fuese aquella una plaza sitiada.

Pocas visitas: D<sup>a</sup> Inés salia algunas veces; el marqués casi nunca.

La vida de aquellas jentes era triste; mucho rezar, comer, dormir siesta.

En las noches una tertulia compuesta de un fraile de la merced, un inquisidor, dos beatas descubiertas de la vecindad, y á última hora nuestro conocido el Señorito.

Pero el Señorito, *habia puesto*, como se decia en aquellos tiempos, *una pica en Flandes*, logrando ser admitido en la casa. El padre mercedario fué su salvador.

D<sup>a</sup> Inés aún era jóven, y sus pasiones estaban más exaltadas con el aislamiento. El triunfo de D. Guillen no fué difícil.

D<sup>a</sup> Inés creyó haber encontrado una distraccion en la triste monotonía de su vida.

D. Guillen creyó ver en aquellos amores el principio de una gran fortuna.

Poco á poco fueron encendiéndose aquellos amores hasta llegar al estado en que los ha dejado entrever D. Guillen al hablar con los tunos en la casa del Camaleon.

La noche que siguió á aquella, D<sup>a</sup> Inés y su padre conversaban con sus tertulianos.

En una gran estancia amueblada con camapés y sitiales de caoba, tapizados de viejo damasco amarillo, tenia lugar aquella reunion.

Dos velones de cebo colocados en los albornotes de dos

pantallas esparcian su incierta y escasa claridad, dejando envueltos en sombras los dos extremos de la estancia.

La conversacion no era jeneral.

El inquisidor y el mercedario departian con el marqués por un lado, y por el otro, D<sup>a</sup> Inés cortejaba á D. Guillen y á una beata vieja, magra, pálida, con grandes y aguzadas narices y ojos verdes, redondos y saltones. La beata vestia el hábito de San Francisco, y era conocida en el barrio con el nombre de madre Salomé.

El Señorito tomaba allí delante de todos el aire compungido de un *ejercitante*, aunque á solas con D<sup>a</sup> Inés era otra cosa.

—Crea vuesa merced, mi señora D<sup>a</sup> Inés—decia la beata Salomé—que no hay mejor devocion que la del Santo Anjel de la guarda, eficazísimo en todo trance ó necesidad.

—Yo tengo particular devocion á mi Anjel—dijo el D. Guillen lanzando á D<sup>a</sup> Inés una mirada de intelijencia tan rápida como ardiente, en la que la dama leyó:—ese ánjel eres tú.

—Pues bien hace vuestra merced—le contestó Inés con otra mirada tambien muy significativa—porque así estará seguro de que el ánjel no le abandonará nunca.

—Como que eso sí—continuó la beata—una oracion fervorosa al Santo Anjel es un verdadero deliquio.

—Tanto es verdad eso—dijo D. Guillen mirando á Inés—que si mi ánjel me dijera que era la hora de morir diciéndolo él, moriria con verdadero placer.

—Pero tenga vuesa merced seguro—contestó D<sup>a</sup> Inés que amando así á su Anjel, su Anjel deseará que viva vuesa merced muchos años, pues que tan bien y tan amorosamente le sirve.

—Es cosa—continuó con fervor la beata—que un solo dia no se me pasa sin rezarle y hablar con él.

—Gracias á Dios que á mí me pasa lo mismo—agregó D. Guillen—y no salgo nunca de aquí sin decirle algo, porque andando voy y rezando; esta noche tengo pensado hablarle largamente de mis cuitas.

El jóven miró á la dama como interrogándola si comprendia.

D<sup>a</sup> Inés le miró tambien y como para darle á entender que habia entendido, le contestó:

—Pues él os escuchará con gusto, ¿es verdad señora Salomé?

—De seguro—contestó la vieja—que ese es el único amor correspondido; el de Dios y el de sus santos.

—Por eso me encuentro tan feliz—dijo con mucha uncion el jóven—porque creo que este amor es el amor correspondido. ¡Bendito sea mi Dios y Señor!

—Y correspondido quizá con usura—agregó D<sup>a</sup> Inés.

—Lo confieso—replicó D. Guillen—conozco tanto mi poco mérito, que solo el favor de servir á tan divino dueño, seria compensacion, pues ahora saber que hay correspondencia, ¿qué será? por eso con el alma entera me entrego á tan divino amor.

—Y yo tambien—dijo con exaltacion D<sup>a</sup> Inés interpretando como debia aquellas amorosas confesiones.

—Bendito sea mi Dios y Señor que me ha hecho venir entre tan buenos cristianos!—esclamó la beata.

Y la conversacion siguió con todas las apariencias de relijiosa, pero interpretada por los amantes conforme á su pasion.

Por el otro lado, el marqués, el inquisidor y el merceda-

rio, hablaban de las depredaciones de los piratas; sostenían que todos ellos eran unos herejes calvinistas, y echaban la culpa de todo, no á lo mal guardado de las costas, ni al poco celo del almirante y jenerales encargados de perseguir á los piratas, sino á Martin Lutero que habia venido al mundo á crear aquella secta de herejes cismáticos.

Porque para la jente de aquellos tiempos, y sobre todo, para los que vivían en las colonias españolas, los protestantes eran una especie de raza nueva, raza de ogros ó de vampiros que habia brotado sin saberse cómo al calor de las palabras del reformador.

Aquellas jentes no podían figurarse que los protestantes de quienes oían hablar y de quienes hablaban sienpre con tanto horror, fuesen hombres como todos, sino que algo de diabólicamente fantástico les atribuían sienpre; por lo menos el olor de la excomunion.

Las conversaciones se animaban algunas veces en la tertulia del marqués, y entonces el inquisidor y el mercedario declamaban y citaban latines.

El marqués les oía con calma, y el otro grupo suspendía su coloquio por algun tiempo para escuchar.

Volvia la calma y volvían las conversaciones á reanudarse.

De cuando en cuando el mercedario, que era el de mayor estatura, se levantaba de su asiento, tomaba unas tijeras y una charolita y cortaba el largo pábilo de los velones de cebo.

Dieron las diez de la noche y todos se pusieron en pié, y comenzaron á despedirse cortesmente.

El mercedario se retiró primero, solo; siguióle el inquisidor, á quien esperaba un lacayo con un farolillo, y luego la

beata á quien por ser persona de tanto aprecio, dos criados de la casa iban á llevar en una silla de manos.

D. Guillen salió el último de todos, El marqués se despidió de D<sup>a</sup> Inés que le besó la mano y se fué á su aposento.

Pero D. Guillen no se dirigió á la escalera, sino que protegido por la oscuridad, se ocultó tras una de las columnas del corredor y permaneció allí sin moverse.

Pasó largo rato, hasta que una de las puertas se abrió suavemente, y oyó que le llamaban.

Entonces se deslizó procurando no hacer ruido y llegó hasta aquella puerta en donde le esperaba D<sup>a</sup> Inés.

—Amor mio—dijo el jóven—qué largo y qué triste se me hace el tiempo que trascurre sin poderte hablar!

—Mi dueño—contestó la dama—para mí tambien es horrible, ¿pero qué quieres? mi padre tiene ahora un jenio tan violento y tan susceptible, que he llegado á tenerle miedo; en España me dejaba tanta libertad, y aquí.....

—Qué felices deben haber sido los que te amaban en España!

—Nunca amé allí á nadie como te amo á tí.

—¿Quién sabe!

—Ingrato, ¿eres capaz de dudarlo?

—Por supuesto.

—¿Por qué, mi bien?

—Mira, si tú me amaras tanto como dices, querrias estar sienpre á mi lado.

—Y quiero, quiero, dueño mio.

—No se te conoce aún.

—¿Pero qué quieres que yo haga, mi vida?

—De tí depende que nos veamos mas continuamente, con mas libertad.

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente, yo sé que esta casa tiene una puerta que da á la acequia.

—Es verdad.

—Por ahí podria entrar un amante á quien tú de veras quisieras de todo corazon.

—Alma mia, no se puede.

—Porque tú no quieres, ingrata.

—No por eso, luz de mis ojos; no por eso, no me culpes yo soy capaz de hacer por tí cuanto hay, pero esa puerta tiene llave y esa llave la guarda mi padre.

—Yo no te pido imposibles, saca con cera la forma de la cerradura, dame ese molde y yo te traeré la llave.

—Lo haré; verás como no tienes razon de quejarte.

—¿Y cuándo?

—Mañana mismo.

—Ahora sí creo que me amas; adios.

—Hasta mañana; no faltes.

—No, adios.

## IV.

De lo que pasó en México el viénes 21 de Mayo de 1683, y de cómo los franceses pusieron en movimiento á toda la ciudad.

**E**N una de las calles del Reloj habia por aquella época una casa que sin ser muy notable por la grandeza y elegancia de su arquitectura, llamaba la atencion por la limpieza y cuidado que desde la fachada podia notarse.

En aquella casa vivia D. Lope de Montemayor, hombre acaudalado, personaje distinguido y uno de los mejicanos mas nobles y mas considerados en la ciudad.

D. Lope vivia solo; sus padres habian muerto hacia algunos años, dejándolo como hijo único, dueño de una gran fortuna.

Montemayor tendria treinta y cinco años, revelaba vigor y juventud en su aspecto, no mas que sus amigos habian notado que en los últimos años su carácter habia cambiado, y en vez de buscar como antes la compañía y las diversiones, pasaba los dias encerrado en su estancia leyendo ó daba largos paseos á caballo por los alrededores de la ciudad.